

ron más ágiles y oportunistas los prestidigitadores dedos de Alan García que los de cualquiera en la izquierda. Porque, además, la imagen enternecedora de Alfonso Barrantes mostrando el carnet número 001 de Izquierda Unida no conmovió a los que ignorábamos con qué programa se inscribía uno, ni dónde. Después se publicó la plataforma: muchos buenos sentimientos, pocas precisiones. Nada de eso encendió total y finalmente el entusiasmo de los que se quedaron mientras yo me fui.

Ya hace varios meses que empezó el asunto: un lunar de carne en la mejilla que lentamente comenzaba a corromper nuestra vida cotidiana, corroyendo la fe en los partidos, incendiando ciertos rasgos de escepticismo. Algo nos está pasando, internamente. El fenómeno no puede explicarse por pugnas interpartidarias por el poder, ni zancadillas políticas, ni manifestaciones incapacidades. Todo eso siempre ha habido, siempre lo hemos tenido.

Y creo que para más de una generación, el problema está en la palabra *siempre*. Para nosotros, los que José María Salcedo llama la "generación de los tardíos sesentas", que llegamos muy temprano a lo que aún no llega y retrasados a la experiencia del 65, no son novedad ni las rencillas, ni las ambiciones. Pero el asunto es que ya no tenemos veinte años, nos cerca una extraña lucidez de que el tiempo se nos está acabando y que llegamos a la mitad de un camino que nos consumió años de energía.

Después de haber asistido con candor adolescente, eufóricos y dogmáticos, a las rencillas de hace una década, exigimos ahora— con derecho— un comportamiento más maduro de esta izquierda que se balancea entre un bigote de Emeterio Tacuri y otro de Enrique Bernal. Pero ¿ante quién presentamos nuestra hoja de reclamos? ¿Son sólo los dirigentes políticos los únicos "culpables"? ¿Podríamos cargarle toda la cuenta al Grande, al Chato, al Colorado? Confieso que no sé, y no sé tampoco si saberlo ayudaría mucho a aliviar esta especie de desaliento que he encontrado en tantos amigos y compañeros. Y recurso fácil sería estamparlos contra la pared con la etiqueta de "pequeño burgués". Recurso fácil, y estúpido, además; porque ésta es una realidad que existe y convive paralela a una larga tradición de lucha popular.

Como generación, tenemos, quizá, muchos logros individuales que mostrar y, simultáneamente, innumerables falencias de proyectos colectivos. Lo intentamos, claro que sí, toda la prensa de izquierda bastaría para testimoniar eso, pero se fueron quedando por el camino y es ocioso buscar explicaciones a cada caso.

Algo nos está pasando, como que nos cansamos a la mitad, sin ruido, salvo un leve temblor, sutil como el de una mazamorra. Se trata de no aflojar, pero advierto que, oxidados, casi como que necesitamos que nos den un aventón.



Vida de esclavos UN SUICIDIO EN LIMA COLONIAL

Alberto Flores Galindo

En los inicios del siglo XIX, la condición de los negros en Lima se deterioró sensiblemente. La crisis comercial que comenzaba a afectar a la ciudad repercutió en una notoria baja en la demanda de trabajo y en los jornales, a pesar de lo cual los amos mantenían el mismo nivel de exigencia a sus esclavos.



Algunos optaron por la fuga, incorporándose a los grupos marginales de la ciudad o saliendo en busca de los montes y las partidas de bandidos. Pero a la mayoría sólo le quedó asumir la resignación o, en todo caso, recurrir a ese "consuelo de infelices" que, en definición del *Mercurio Peruano*, era la religión. También quedaba un camino más desesperado: el suicidio, que como señala Christine Hünefeldt en su excelente estudio sobre los negros de Lima, era "el chantaje máximo", porque perdiendo la vida el siervo, perdía todo su dinero el amo. Fue una amenaza frecuente, sólo excepcionalmente ejecutada.

UN CUERPO PENDIENTE DE UN NARANJO

Hipólito Unanue, en sus *Observaciones sobre el clima de Lima* (obra impresa en Madrid en 1815) decía que "en las poblaciones civilizadas del Perú", dentro de las que estaría seguramente incluida la capital, el suicidio era ignorado, circunscribiéndolo a los lugares apartados, donde vivían indígenas alejados de "la protección benéfica de la religión cristiana". Probablemente desconocía que tres años antes, en la Alameda del Pino, dentro de su propia ciudad, el sereno había descubierto un cuerpo pendiente de un naranjo de un negro llamado Antonio, de casta angola, de más de cuarenta años, casado, con cinco hijos. Al indagar las causas del suicidio se descubre que era esclavo y que su amo le reclamaba la entrega de seis reales diarios, para lo que no era suficiente su oficio de aguador, por lo que tenía que conseguir otros empleos, pedir dinero prestado y endeudarse más. Su situación se agravó cuando una de sus hijas enfermó gravemente. Fue entonces que tomó la resolución definitiva: un 13 de mayo de 1812, como todos los días, se levantó muy de mañana, fue a la alameda, escogió el tercer árbol y se ahorcó. El gesto era producto de la desesperación pero tenía un objetivo muy concreto que se descubre luego, cuando como consecuencia del juicio, las autoridades prestan atención a esa familia de esclavos y condenan al amo a que



otorgue una reparación a la viuda y los hijos en la cantidad de 150 pesos; consiguen así un alivio siquiera pasajero. Antonio había trabajado durante treinta años para su amo su caso, además de ilustrar el deterioro de la vida urbana al terminar la Colonia, muestra patéticamente el escaso valor de una vida, especialmente si pertenecía a un esclavo, no muy joven y con numerosa familia.

UNA TRAGEDIA PERSONAL

Para Antonio, probablemente, su tragedia personal y familiar era imputable a don Ignacio Meléndez, su amo, a quien había servido con "honradez", "juicio" y "conducta", sin ser debidamente recompensado. Al suicidarse consiguió un beneficio para su familia y un doble perjuicio económico a su amo: la pérdida del esclavo y el pago de la indemnización. Una solución como la de Antonio pudo tentar a muchos esclavos. La fragmentación ocupacional bloqueaba la emergencia de una conciencia de grupo a pesar de la miseria y la explotación, dejando abiertos, en cambio, los caminos individuales: hay un parentesco implícito entre este suicidio, el cimarronaje y el bandidismo; en todos esos hechos la decisión personal prima sobre la opción colectiva.

Pero para entender a Antonio hacen falta otras consideraciones. Para él su vida transcurría sólo en dos ámbitos: la relación con su familia y la dependencia de su amo. Era difícil ver más allá y descubrir qué podía haber detrás de la figura de su amo; por lo tanto, ignoraba que en su calidad de jornalero y aguatero era sólo el último eslabón de una cadena que remontada, llevaría a encontrar

que tras Ignacio Meléndez se encontraba algún mercader con el que posiblemente estaba endeudado y que lo asediaba tanto como él debía presionar a Antonio. A su vez, tras de ese mercader sería verosímil tropezarse con la imagen señera de un poderoso bodeguero o naviero, detentador de algún título nobiliario y respetado personaje de la Audiencia y el Cabildo, como un Querejazu, un Castañeda, un Ramírez de Arellano, quienes, por su parte, ignoraban por completo las desventuras de Antonio y que, de haber sido interrogados sobre cualquier responsabilidad en ese suicidio, se hubieran desconcertado y sorprendido. Toda una red de intermediarios se interponía para que estos personajes contrapuestos y antagónicos no alcanzaran a visualizarse con nitidez. La conciencia social devenía casi inevitablemente opaca y confusa. En esa red de intermediarios, donde se agolpaban indistintamente profesionales, artesanos, pequeños comerciantes, dueños de pulperías y chinganas, arrieros, pañaderos, burócratas, la aristocracia encontraba una barrera y una protección frente al encrespado universo social de la plebe.

LA IMAGEN DE UNA CLASE SOCIAL

La fragmentación social de los negros se vio acentuada— como ha explicado también Christine Hünefeldt— por las diferentes etnias de las que provenían, pero especialmente por el fuerte distingo que se entabló entre "criollos" y "bozales": confundir los nombres era insultarlos. Si a esto sumamos lo dicho reiteradamente sobre la fragmentación ocupacional, la dispersión en el plano de la ciudad y la competencia fratricida por el jornal, debemos concluir que estos esclavos de Lima más que a la imagen de una clase social, se asemejaban a una masa indiferenciada. No se podría hablar de una "élite" negra: sólo algunos individuos alcanzaban cambios significativos en su condición (eventualmente un artesano, por ejemplo). La desintegración y la miseria eran tendencias sociales que impedían que emergiera cualquier proceso de diferenciación interna o que se formaran estratos y grupos.